

II

Si alguien se ha sentido poco estimulado por el deseo de ver á Lourdes, ese alguien soy yo.

Primero, porque me hacen poquísima gracia esas muchedumbres que van procesionalmente bramando cánticos; soy, en esto, del parecer de San Juan de la Cruz, que en su « Subida del Monte Carmelo » escribía: « El que hace la romería hace bien de hacerla cuando no va otra gente, aunque sea tiempo extraordinario; y cuando va mucha turba, nunca yo se lo aconsejaría, porque ordinariamente vuelven más distraídos que fueron. »

Y, segundo, porque no tengo empeño en ver milagros; sé muy bien que la Virgen puede hacerlos en Lourdes ó en otro sitio; mi fe no descansa ni en mi razón ni en las percepciones más ó menos ciertas de mis sentidos; depende de una sensación interior, de una certeza adquirida por

pruebas internas. Digan lo que digan los caciques de la psiquiatría y esos ilustres sabios que, sin poder explicar nada, clasifican bajo la etiqueta de la autosugestión ó de la demencia los fenómenos de la vida divina, la cual desconocen por completo, la Mística es una ciencia resueltamente exacta; he podido comprobar cierto número de sus efectos, y no necesito más para creer; con eso me basta.

Y, no obstante, mientras llegan las grandes peregrinaciones internacionales, heme aquí, por segunda vez, á consecuencia de circunstancias que arrancan de lejos y que son casi independientes de mi voluntad, heme aquí, instalado en esta ciudad desde hace unas cuantas semanas.

Esta mañana está lloviendo como llueve en este país: á cántaros; y, sentado cerca de una ventana de la casita que habito en lo alto de la carretera de Pau, miro el panorama de Lourdes, al través de mis cristales que lloran.

El horizonte, de suyo muy limitado, resulta además algo borroso por montañas de entre las cuales suben penachos de vapor blanquecino; más arriba galopan nubes que parecen cargadas de carbón, surcadas por copos negruzcos cual los que despiden las chimeneas de las fábricas. La cúspide de uno de aquellos montes parece arrojar humo, en tanto que el picacho de otro, libre de nubes, parece estar muerto; á trechos, bandas de algodón en rama gris se enrollan alre-

dedor del cuello de las más bajas colinas y se escardan al bajar; en cuanto á los conos cuyas cabezas están perpetuamente blanqueadas por las nieves, por completo han desaparecido en la niebla; á medida que caen los chubascos, todo se emborriona; el alto y el bajo Gers, que son las dos montañas más cercanas, seméjense, en medio del vaho que todo lo envuelve, á inmensas pirámides de escoria de cok, á gigantescos montones de ceniza.

¡Cuán angustiosa es la tristeza de este cielo rayado diagonalmente por el hilo de la lluvia! Al pie de la cadena de esas montañas, justo enfrente de mí, el Gave, torrente que corre noche y día, brota á borbotones sobre peñascos; y, antes de deslizarse más lejos, ya serenado y convertido en río, rodea con cintura de espuma un edificio sobre el cual se alza un puntiagudo campanario, y que está rodeado de un remedo de jardín plantado de álamos y de abetos. Diríase que es una cárcel el tal edificio, con sus diminutas ventanas abiertas en lo alto de paredes rectísimas: es el convento de las pobres clarisas; á la izquierda, un puente pasa por encima del río y une al nuevo Lourdes, cuyas casas veo, con la antigua ciudad, dominada por una especie de castillejo que parece haber sido hecho para decoración de ópera, con bastidores de lienzos pintados; realmente, resulta ficticio. Por fin, á la derecha, la explanada y sus árboles, que guían hacia el

Rosario y hacia la doble pendiente dominada por la basílica, cuyo perfil se destaca, muy blanco, sobre la ladera de Espelugues, en la que, para figurar las estaciones del Calvario, cruces enormes se yerguen en los claros rodeados de verde arboleda.

Y, detrás de la explanada y de su césped, al pie de las rampas, dos especies de gasómetros, pintado uno de color verde agua, y de ocre amarillo el otro, cual puerta de retrete público, ostentan sus redondeces, horribles; esas tortas de palastro contienen: una, un panorama de Jerusalén, y, la otra, un panorama de Lourdes.

Poco entusiasmo despierta todo eso desde el punto de vista del arte, y tampoco seduce mucho la catedral, que parece encaramada en el aire, apenas sostenida por una lengüeta de roca. De poco cuerpo, escueta, sin un adorno de mérito, evoca el miserable recuerdo de esas iglesias de corcho que adornan ciertos escaparates de industriales; obedece á una estética de tendero de tapones: la más insignificante de las capillas de aldea construída en la Edad Media parece, si se la compara con ese gótico de contrabando, una obra maestra de delicadeza y de fuerza; lo mejor del edificio sería, á pesar de su fría desnudez, la doble hilera de piedra que conduce desde el pie de la explanada hasta su pórtico, si no fuera porque también á ella la estropea, en su punto de llegada, el feísimo techo del Rosario,

que forma comba bajo los pies de la basílica, un techo que parece un molde colosal para bollos, con el aditamento de tres tapaderas de caldera, de zinc.

Vista desde donde estoy, la tal rotonda se semeja, con sus dos hileras que descienden, ondulando, desde el techo hasta el suelo, á un gigantesco cangrejo de mar cuyas tenazas quisieran apresar la antigua ciudad.

En la parte baja de esa rampa, por debajo de la basílica y á lo largo del Rosario, corre, ante el lecho del Gave, una amplia alameda que pasa ante las piscinas y la gruta, y que acaba bruscamente, cerrada por una colina en la que hay caminos en forma de M. Suben éstos por senderos plantados de árboles, detrás de la basílica, en dirección á la residencia de los Padres de la Gruta y á la morada episcopal, situadas no lejos del alto de la colina.

Todo ello aparece esmirriado y enano, aplastado por la demasiado cercana amplitud de los montes; pero toda esa pobreza se borra cuando mira uno la boca de fuego, abierta en la roca, debajo de la basílica misma; aquello es una cueva de donde sin cesar brotan llamas, en las entrañas mismas de la iglesia: todo el interés de Lourdes se encierra en esa perpetua hoguera.

¡La gruta! quitad la inútil estatua, anidada en el hueco en donde se apareció la Virgen, y el alma despliega sus alas.

Piensa uno en todas las súplicas de que ha tenido á bien encargarse antes de salir de París, y se las va presentando á la Inmaculada, una á una, lo mejor posible; cada cual tiene curaciones ó conversiones de deudos que pedir, y cada cual desata ante Ella el mísero lío de los padecimientos corporales y de los tormentos morales que trae.

Reina profundo silencio; todos, arrodillados, se absorben, y parece como que hay que apresurarse, ahora que todavía no es mucha la gente, á obtener de la Madona las gracias que deseamos. Todavía, por espacio de algunas horas, puede uno estar á solas con Ella. Mañana, las peregrinaciones llegadas durante la noche llenarán toda la Gruta, y será imposible acercarse, ni siquiera recogerse en sí mismo, sobre los bancos allí colocados, pues habrá llegado la hora del incesante tumulto de los cánticos y de las predicaciones.

Y lo mismo ocurrirá con el manantial invisible cuya agua corre por los doce grifos de cobre de una fuente instalada á su izquierda. Habrá que hacer cola para llenar una botella ó beber un vaso.

Así es que todos, ahora, se apresuran á ir á beber; de mano en mano corren los vasos de hoja de lata; algunos los vacían de un trago; otros sólo beben la mitad, y con la otra mitad se rocían las manos, empapándose después cara,

ojos y oídos. Las mujeres recogen sus faldas entre las rodillas para no mojarse, y padres y madres riñen á los chicuelos que se salpican jugueteando con botellas demasiado llenas; cada uno hace su acopio, como en una ciudad próxima á ser sitiada.

Mientras llega el anunciado asalto de las olas humanas, obra en el alma el hechizo de ese Lourdes sin empujones y sin chillería; saborease la dulzura de una ciudad á la que hacen complaciente sus instintos de lucro, y el que más y el que menos se siente fraternal para con aquellos semejantes que piensan como él, y que como él están acechando las mercedes de la Virgen. Acaba uno, sin preguntarlo, por saber por qué se pasea aquí éste, y con qué objeto ha venido aquella; de tal suerte que ya nos interesamos en su curación y por sus proyectos. Hay algo del compañerismo de un vivac en esa reunión de personas acampadas en un sitio reducido; además, imposible andar dos pasos, en uno ó en otro sentido, sin verse de nuevo. Encuentros en la explanada, en la basílica, en la cripta, en el Rosario, en la gruta; tanto, que, aun sin conocerse unos y otros, á todos les da como ganas de saludar á los demás.

Hay que decir que nadie se queda en su habitación; que llueva ó no, todo el mundo vive fuera. Desde por la mañana hasta por la noche recorren los peregrinos los mismos trayectos,

no viendo, á más de las caras ya tan conocidas, sino estatuas de vírgenes de yeso, con los ojos clavados en el cielo, con traje blanco y cintura azul; ni una tienda donde no haya medallas, cirios, rosarios, escapularios, folletos contando milagros; el antiguo y el nuevo Lourdes están atestados de semejante mercancía; hasta las fondas la venden; hay calles enteras de tiendas que no despachan otra cosa, ocupando kilómetros de terreno. Parte ese comercio del antiguo Lourdes; en este sitio, lo que más abunda es la baratija: rosaritos de diez céntimos; rosarios enormes, especialidad de Lourdes, rosarios de madera teñida de color de canela, fabricados en Betharram y que cuestan treinta céntimos; cromos chillones representando á Bernadette con vestidillo encarnado y delantal azul, arrodillada ante la Virgen, con un cirio en la mano; estatuillas liliputienses y medallas que parecen monedas de muñeca, acuñadas á trompicones en desechos de hojas de cobre; y todos esos objetos van mejorando, crecen á medida que se acercan las tiendas á la ciudad nueva; las estatuas se agrandan, acabando, sin dejar de ser feas, por resultar enormes. Los cromos, á medida que adquieren mayores proporciones, disfrazan á la hija de Soubirous, convirtiéndola en desenvuelta camarera; también las medallas, al agrandarse, cambian de metal: ya asoman el oro y la plata, y, al llegar el visitante á la avenida de la Gruta,

asiste como á una explosión de chucherías de lujo... Ya no cuelgan los rosarios por fuera, como racimos, sino que descansan en escapates, sobre un lecho de algodón en rama de color de rosa; sus cuentas son, ahora, de lazulita, de coral, de amatista, y están montadas en oro ó en plata; otras baratijas: portaplumas, pisapapeles fabricados con los variados mármoles de los Pirineos, sin olvidar el inevitable « artículo de París » y la no menos inevitable orfebrería del Palais-Royal, santificada por una cruz ó una medalla, adornan las tiendas y solicitan el capricho del transeunte.

Los tenderos, aquí, son feroces: descaradamente pregonan su mercancía y se la meten á uno por los ojos. Y la gente va, viene, gira en medio de aquel tumulto, pero siempre para volver, por uno ú otro camino, á la gruta.

Es ésta de forma irregular: bastante alta desde su base, menos elevada á medida que se aleja, y muy baja en uno de sus lados. Adórnala ex-votos de todas clases; hay muletas carbonizadas que, sujetas á la bóveda por alambres, se ponen á bailar tan pronto como las agita el más ligero viento; un altar portátil en el que celebran misa los obispos, y un carretón en el que se recogen los residuos de la cera.

A la izquierda, cerca de la fuente, se arrellanan: un resguardo de piedra que sirve al mismo tiempo de morada para el guarda y de sacris-

tía, y, más lejos, una tienda en donde se venden objetos de devoción y cirios; á la derecha, casi bajo el agujero en forma de almendra en que, como en un marco, apareció la Virgen, hay un púlpito, fijo en su sitio, ocupado, en tiempos de peregrinaciones, por misioneros ó sacerdotes que desde aquel sitio lanzan, cual catapultas, las plegarias de la muchedumbre contra las murallas del cielo, para hacer brotar de ellas, como por las puertas de una esclusa rota, torrentes de gracias.

Cocida por los cirios, forrada, cual fondo de chimenea, de un ollín siempre tibio, esa gruta de Massabielle es, con su hoguera que nunca se apaga, muy curiosa de estudiar.

Cerca de la verja de entrada hay candeleros de cobre con varias ramas, en forma de corona, provistos de amplias bandejas erizadas de puntas sobre las cuales arden cirios empalados. En el fondo de la gruta, al nivel del suelo, á lo largo de la roca, se extienden tres soportes de hierro provistos de agujeros destinados á recibir los cirios; los de la parte baja, más que círculos resultan embudos, cuya forma imitan vagamente: en ellos descansan los enormes cirios de sesenta francos que duran semanas; en un hueco, una red, sostenida por ramas de metal plantadas en el suelo, recibe las cartas dirigidas á la Virgen: manera harto humana de acudir á Ella.

Y todos esos cirios chisporrotean, se consumen, de distinta manera según su tamaño y su precio: los minúsculos se derriten alrededor de un palmo de torcida formando un pábilo que principia por ser de un rojo cereza y que acaba por convertirse en verdadero carbón; otros, más gruesos, tardan más en gastarse, forman regatillos de agua de arroz que poco á poco se vuelven una pasta blanquizca y grasa; otros forman canalones, y acaban por semejarse á las verrugosas ramas de los olmos; por fin, los hay que parecen arder por encima de su torcida, cual lamparillas, adornándose, como los vasos de éstas, con caprichosos rameados y encajes, á imitación de imágenes pías. No olvidemos mencionar algunos cirios que resultan poco decentes, cirios que engañan al comprador y roban á Dios; se manchan, cual ciertas narices, con pecas y granos; sólo tienen una capa de cera, que se enrolla alrededor de un tallo de estearina; y mientras vierte la cera lágrimas amarillas, la estearina se convierte en ese líquido vidrioso en el cual suele bañar el pedúnculo abrasado de las vulgares bujías.

Aquí ocurre lo contrario de lo que ocurrió en la Pentecostés: lenguas de fuego suben al cielo, en vez de bajar; pero suplican al Paráclito en la forma misma adoptada por él; desempeñan el papel de exoraciones litúrgicas que imploran al Señor con las frases mismas empleadas por las

Prefiguras; y si recordamos la liturgia del tiempo de la Pentecostés, en la que casi de continuo se habla del agua, asociada con el fuego, compréndese la misteriosa alianza de los dos elementos, la unión de la llama y de la onda, en Lourdes.

Esa florescencia de fuego tiene, para cultivarla, un jardinero de edad, que vive allí, de fijo, y que, medio tostado, va y viene ante el hogar de la gruta; un verdadero jardinero, con su delantal azul provisto de bolsillos, con su cara afeitada, sus herramientas de jardinería: la podadera, el rastrillo, la pala y la carretilla, que aquí tiene el tamaño de un volquete.

Desde por la mañana hasta por la noche, sin prisa, limpia, en silencio, aquella morada de la Virgen, quitando las estalactitas de los cirios, removiendo el piso, lleno de un abono de sebo, de un polvillo de nieve en que las flores en ignición parecen criarse por sí solas y reproducirse con el polen de las chispas arrastradas por el viento en medio del humo; y corta el pábilo de algodón de dichas flores, alisa los tallos, quita las blancas orugas de las velas que se corren, arranca las raíces que se apagan, y las tira, para que acaben de consumirse, á una de las bandejas de la entrada, en donde agonizan, formando tronchos de fuego, pues aquí todo se quema, honradamente, al revés de lo que ocurre en otras iglesias, en donde las encargadas de

los cirios apagan las velas á medio consumir, para venderlas.

Después toma, cual manojito de espárragos, un puñado de diminutos cirios, los enciende todos, de una vez, y los clava en uno de los anillos del soporte del fondo, cuando ya ha muerto el grueso cirio que llenaba la negra boca de hierro. Hay aquí una increíble abundancia de cirios; volquetes enteros esperan turno para arder á su vez; el susodicho jardinero clasifica todos esos palos blancos, los separa ó los junta, reanuda, calentándolos, aquellos cuyos troncos se han partido, vigila sin descanso la luminaria, sacando de su sitio tal vela que arde mal, para plantarla en un sitio donde tenga mejor exposición, donde esté menos expuesta á la corriente de aire: y de nuevo, y siempre, hay que volver á empezar, pues á medida que unos cirios mueren, otros nacen.

De donde resulta que esa Vestal con pantalones es también una Danaida con calzones, pues la gruta es un pozo de llamas sin fondo: de las provincias francesas, del extranjero, de todas partes del mundo, afluyen todas las mañanas los encargos, y es menester que ardan cada día todos los cirios pedidos por los devotos, so pena de hallarse, al día siguiente, con una cantidad imposible de utilizar en la jornada; y por más traza que se da el empleado, los cirios se amontonan, de tal suerte que aquí podría muy bien

establecerse un depósito de velas, como hay, en ciertos sitios, depósitos de leña para la calefacción. Todos los habitantes de este país venden cirios, ó, mejor dicho, cirios falsos, pues, en cuanto á cera producida por « la madre abeja », no dan, despreciando así todos los textos litúrgicos, sino rollos de sebo rancio modificados por el ácido sulfúrico, que los desengrasa y los endurece.

Pero todos esos subterfugios, necesitados por el cebo sin cesar creciente de las ventas, desaparecen en medio de la hoguera que indistintamente quema las substancias de ley y las imitaciones, y, al mirar esas hileras de plegarias que arden, recuerda uno la Simbólica del cirio, tal como la concebían Pedro de Esquilino y san Ambrosio.

El cirio se compone de tres partes: de la cera, que es la blanquísima carne de Jesús; de la torcida inserta en esa cera, que es su purísima alma oculta bajo la envoltura de su cuerpo, y del fuego, emblema de su divinidad.

El cirio es pues la imagen de Cristo; y por eso se lo llevamos á la Virgen mediadora para que ella misma presente al Padre su Hijo á fin de que interceda éste por nosotros; esta intervención, también puede efectuarse por mediación menos poderosa de los santos; pero, menester es confesarlo, el culto de Dulía, tal como se practica en la mayoría de las iglesias, es absurdo. Ofre-

cense á ciertos santos, cirios como propiedad suya, como un regalo, sólo para ellos; al obrar así, se les honra por una oblación personal, de tal suerte que resulta que el Señor es quien ha de rogarles á ellos, en vez de ser ellos quienes pidan al Señor; como se ve, esto está fuera de toda regla.

A menos, entonces, que aceptemos la pobre simbólica de san Carlos Borromeo, quien, no viendo en el cirio más que una imagen de las tres virtudes teologales, asimila su luz á la Fe, su forma á la Esperanza, su calor á la Caridad.

En este caso, encenderíamos cirios ante una estatua de santo, para conseguir, por su mediación, que el Señor desarrollara en nosotros el fermento de esas virtudes que, contrariadas por la cizaña del vicio, crecen con tanta lentitud y con tanto trabajo.

Pero, en Lourdes, otro símbolo más vivo y más penetrante se impone, el símbolo de la comunión de las almas tan lúcidamente expresado por la mezcla de esas llamas.

¡Realmente, pensándolo bien, es admirable el espectáculo de esos millares de cirios ardiendo!

¡Qué de desordenados tormentos y qué de indecisas esperanzas encierran! ¡de cuántas fealdades físicas, de cuántas enfermedades, de cuántos dolores íntimos de familia, de cuántas súplicas desesperadas, de cuántas conversiones, de cuántos terrores lindando con la locura, son

el emblema! — Esta Gruta es el sotechado adonde acuden las almas atormentadas por el mundo, es el sotechado bajo el cual vienen á guarecerse todos los vencidos, los aplastados por la vida; aquí vienen, impulsados por una suprema esperanza; es el refugio de las existencias condenadas, de las angustias que nada puede mitigar: todo el dolor humano coge, condensado, en este estrecho espacio.

¡Ah los cirios! lloran lágrimas sin consuelo, cual madres, y quizá presenten los verdaderos simulacros de los dolores que los abrasan: unos, llorando precipitadamente, á lágrima viva; otros, conteniéndose, dejando caer gotas más lentas; y todos cumplen con fidelidad la misión que se les encargó; todos, antes de expirar, se retuercen con más violencia, arrojan con sus llamas un postrero grito hacia la Virgen!

Claro es que, entre ellos, algunos son más elocuentes que otros ante Dios; sin asomo de duda, los más humildes son los más persuasivos; esas pretenciosas columnas de estearina, compradas en la población misma ó enviadas por gente rica, tienen, por razón misma del fausto que ostentan, menos probabilidad, aunque estén más tiempo en oración, de ser atendidas: por seguro tengo que la misericordia divina acude primero á esas pobrecitas velas que el « jardín » de la gruta enciende á racimos, que confunden sus anhelos y sus llamas, que se unen

30382

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO KELLS"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

como en la iglesia misma, en una súplica fraterna. Esos modestísimos cirios son la verdadera imagen de los míseros de este mundo, de las gentes del pueblo, que se ayudan entre sí, en tanto que los cirios aristocráticos viven solos, sin roce con los demás.

Y aquí es donde se eleva, hasta lo sublime, la humilde tarea del encargado de los cirios de la gruta.

Este hombre, que sólo ve la limpieza de sus candeleros, efectúa inconscientemente la magnífica obra de la comunión de las almas; junta las oraciones, las encamina, las levanta hacia la Virgen en haces de fuego; trastorna las condiciones habituales de la vida, confundiendo las clases; hace que vuelvan éstas, sin darse cuenta, á los preceptos del Evangelio; ayuda, juntando las raíces de los abultados cirios con las raicillas de los menudos que están acabando de derretirse, á que sean oídas las instancias de los ricos, por presentarse éstas unidas á las de los pobres; obliga á la Virgen, por decirlo así, á que no niegue sus mercedes, por haber él, aumentando el insuficiente peso de las súplicas de los ricos, salvado á los débiles con el socorro de los fuertes.

Aquí, la Sociedad resulta trastornada; aquí, el mundo se nos presenta al revés: aquí, los necesitados son los que dan limosna á los poderosos.

El cirio, mirado por los incrédulos como una de las más pueriles formas de la superstición, es

el más extraordinario agente de las almas: materializa los sentimientos de éstas y sirve de vehículo á sus deseos. Las almas, en efecto, lo impregnan de su fluido, y pienso, por analogía, en los experimentos del coronel de Rochas, en el traslado de la sensibilidad á un objeto inanimado, á una cosa inerte; pienso, y sin que para nada tenga que ver aquí la hipnosis, que, por el solo poder de la Fe, esas estearinas pueden inyectarse de efluvios, encerrar un poco de la sensibilidad de los que las ofrecen, y orar realmente.

También podemos pensar que ese elemento del Fuego no es, en Lourdes, sino el sirviente de otro elemento: el Agua. Muchas curaciones se efectúan delante de la fuente ó en el interior de las piscinas; principia uno por la Gruta y acaba por la Fuente. Parece como que Lourdes pueda resumirse en esta frase: Lo que aquí se pide por medio del Fuego se consigue por medio del Agua.